

Réquiem para una bestia

olga Romero Latorre



Capítulo 1

Réquiem para una bestia.

Una novela de Olga Romero Latorre.

Capítulo I: *Almas gemelas.*

Confundidas entre el abandono, las cruces amparaban nombres de personas que habían sido amadas profundamente, aunque otras no tanto... Esas insignias sacralizaban el paisaje húmedo del camposanto, que envuelto en una densa neblina, acentuaban su aura fantasmal. Cientos de historias reducidas a fechas, acertijos del musgo y la memoria. Afirmar que allí todos habrían encontrado en vida la dicha del amor suena exagerado, pero resultaba imposible pensar que alguno de ellos hubiese pasado inadvertido ante ese elixir de los días.

Atrás quedaron las familias adineradas que solventaban la manutención del Cementerio en St. Moritz, como si hubiesen descubierto que la muerte no merece mayor atención. Ahora unos pocos se encargaban del cuidado de sus difuntos y era evidente cómo la tristeza los devoraba al tocar la tierra y sentir ese frío aterrador...Milos sólo advirtió una expresión diferente en Katherina.

Ovide, el habitante más anciano del pueblo, le contó al joven que desde muy pequeña ella misma arreglaba la tumba de su padre Olivier. Le confió también, que cuando el tiempo no apretaba, buscaba la más oculta y solitaria para adornarla con las flores que recogía desde que partía de su casa: siempre guardaba una tijerita en el bolsillo para cortar tallos, salía casi con las manos vacías y llegaba con un ramo resplandeciente en colores. Se acercaba con respeto, leía el nombre en la lápida y hablaba con ese desconocido como si fuese alguien entrañable. A Ovide le parecía raro ver a una criatura visitando tumbas, con los años comprobó que se trataba de un ser especial.

Nadie llamó tanto la atención de Milos como ella, se quedaba horas mirándola. Al principio se sintió un intruso en el cementerio, ni familiares ni amigos a quien visitar...Su contacto con el lugar se dio ante la curiosidad de conocer a esa jovencita, que en reiteradas oportunidades cruzara durante sus visitas a la mansión Shellman junto a su padre y a su hermano Paul. Podría decirse que creció observándola hacer el mismo recorrido con el pasar de los años. A veces la reconocía de lejos atravesando el bosque de Boulogne, en otras ocasiones la interceptaba con el coche pidiendo que adaptaran el galope de los caballos al ritmo de su caminata y así hacer más duradero el encuentro. Katherina nunca

intentó mirarlo, quizá a sabiendas de lo que eso hubiera significado para él. Un gesto y lo tendría rendido a sus pies de inmediato. Finalmente Milos decidió seguirla y descubrió no sólo a dónde iba, sino que también se había enamorado.

Con más años encima, empezó a viajar con marcada frecuencia de París a St. Moritz sólo para verla... Queriendo evitar los interrogatorios de rutina de su hermano mayor inventó una excusa, aunque fue en vano como de costumbre:

—El trabajo en Shellman no puede quedar para después. Uno de nosotros se tiene que hacer cargo.

—Me parece perfecto que te ocupes del manejo de nuestra casa de campo, papá estaría orgulloso. A mis bronquios les haría muy bien el aire puro de la campiña, pero no estoy preparado para vivir lejos de la bohemia parisina. Además tengo que cumplir con Le Petit Journal... —contestó Paul con acento paternal—. Prometo ir de visita, o mejor dicho, a inspeccionar cómo te arreglas en Shellman... algo habrás encontrado para tomar la decisión de irte... ¿Cómo se llama?

—Katherina... —le dijo entre risas cómplices.

—Ay, hermano, estás perdido, ¡si tuvieses un espejo delante tuyo te darías cuenta por qué lo estoy diciendo! ¿Es bonita? —preguntó Paul con picardía.

—Demasiado... y la conoces... —Milos contestó entre el pudor y el entusiasmo.

—¿Y se me escapó...? Difícil de creer... A no ser que sea...

—Es ella...

—¡Por fin te decides, Milos! Si no te apresuras otro pedirá su mano y qué decir si se tropieza con un dandy como yo... —Alegre por la iniciativa tardía de su hermano menor.

—No es una carrera Paul, no puedo obligarla a que me ame. Pero voy a tenerla cerca, eso ya me reconforta.

Con la tranquilidad que le daba el apoyo de Paul, ordenó algunos asuntos laborales antes de partir. Nombró encargado del bufett al estudiante de abogacía que lo ayudaba a diario dando sobradas muestras de excelencia y contrató a otro joven para delegarle diversas tareas, entre ellas, la correspondencia que mantendría ante su nuevo paradero. Milos viajaría regularmente para corroborar que todo marchase sobre ruedas y hacerse cargo de los casos más relevantes, y por supuesto, visitar a su querido

hermano. Resolvió las cosas de un modo rápido, pero correcto. No quería atrasar ni un minuto su viaje y, así se instaló en el campo. Esta medida jamás la hubiera aprobado su madre que volcaba en su primogénito las expectativas propias de la clase pudiente, para ella la campiña sólo era un aburrido destino de descanso, el contacto con la naturaleza no era su debilidad, prefería la modernidad de las ciudades y la velocidad de sus avances. Soñaba con ver a Milos esposado con alguna joven de gran alcurnia presidiendo la Corte Suprema. Londres, Praga, Viena o París eran los únicos escenarios donde solía moverse, y elegía por él, idénticos destinos. Milos la complació cuanto pudo, se sentía orgullosa desfilando del brazo de su hijo graduado en Abogacía con los máximos honores; lo presentaba como el candidato ideal tanto para el trabajo como para el matrimonio... Y no estaba tan equivocada... Dueño de un carisma natural y un porte elegante, el joven levantaba suspiros y admiraciones, y haciendo justicia al apellido Fowards, era un hombre respetable. Tenía los rasgos atractivos de su madre, ojos color del tiempo, pelo castaño con leves ondulaciones y una sonrisa más que agradable. Además, habiendo sido educado en los mejores colegios de Francia sus modales eran acordes a dicha formación, en fin, era todo un caballero. Su madre se comportaba igual con Paul, aunque en el fondo ella sabía que al poeta de la familia sería difícil encaminarlo hacia sus planes. Paul se divertía con las presentaciones que ella le organizaba y sus intentos fallidos por inclinarlo hacia el ejército. Su salud endeble, acentuada por un asma crónica, lo volvió muy mimado y caprichoso. Su apariencia infantil, aún con veintitrés años cumplidos, lo hacía un niño eterno. También tenía un contundente parecido con su madre, cabello dorado, ojos grises que solía usar a su favor para cautivar jovencitas sin entablar algo serio, él quería libertad y su madre quería herederos. En fin, tanto Milos como Paul, festejaron sus buenas intenciones sin tomarlas con la solemnidad que ella esperaba. Su padre, en cambio, no compartía ese afán por planificarles la vida, y su debilidad estaba en la apartada Shellman. Así que cada vez que decidían ir a la mansión, ella aprovechaba para viajar a Praga donde la esperaba la tía Lizzie, o visitar el Louvre junto a su íntima amiga, la señora Davenport.

Shellman era la propiedad más antigua de St. Moritz y se ingresaba por una interminable avenida de abetos. Los criados los aguardaban en la entrada y el clima de júbilo era extensivo aún hacia los vecinos del pueblo. Fowards, no sólo era un apellido de origen noble, sino que también remitía a la honorabilidad de quienes lo portaban, la caballerosidad se hacía presente en cuerpo y alma en el padre, y por supuesto, los valores de los jóvenes giraban en torno a su ejemplo; la simpleza anacrónica del padre contrastaba con la elitista manera de ser de la madre...Una vez que llegaban a Shellman todos los sirvientes salían para asistirlos, lo hacían con profunda alegría como quien recibe la llegada de un ser querido... Cada visita se transformaba en un pretexto perfecto para ver crecer al Blanquito, un potrillo brioso y de color inmaculado al tiempo que Milos se probaba como jinete; también eran amantes de cazar en

familia junto a los perros, festejar a orillas del lago mientras planificaban en qué momento irían de pesca... Aquellos años felices, no tan lejanos, aumentan en nostalgia tras la pérdida de los padres... No obstante, apoyado en sus recuerdos, adaptarse a las costumbres campestres no implicó gran esfuerzo para Milos.

Gracias a Ovide, en breve supo todo sobre Katherina, y no pudo más que contemplarla de lejos hasta encontrar el modo de conquistar su corazón. Tanta inocente humanidad marcaba una brecha abismal con un hombre. En Mayo su madre Regine empeoró de las cataratas y Katherina se volcó plenamente a su cuidado. El mes se transformó en cuatro largos meses durante los cuales la mujer perdió la visión por completo. Milos sufrió el impulso de querer ir a su lado, pero todavía eran dos extraños, o por lo menos él lo era para ella, y con dolor temió que eso nunca cambiara.

Ovide aseguraba que, si bien la joven prefería priorizar la salud de su madre pasando día y noche a su lado, sufría al saber que el nombre de Olivier, se iría mezclando entre los juncos al igual que la mayoría de las lápidas. Para Katherina el abandono y la muerte eran sinónimos.

Fue así, que Milos resolvió inmediatamente pedirle a Ramond, el administrador de Shellman, que escogiera a sus dos mejores peones y se entregaron a la ardua tarea de desempolvar a los olvidados. Ovide supervisaba con indicaciones precisas el trabajo que, años atrás, él mismo ejercía, hasta que sus fuerzas se fueron durmiendo entre las canas y el cuerpo machacado por el duro oficio. Ahora con la típica apariencia de un abuelo, con su bastón de guinda, sus anteojos gruesos de concha, y su lentitud, compartía su sabia manera de descubrir belleza allí donde el tiempo parece detenerse. Por momentos, Milos reconocía en sus ojos, la mirada de su padre...

Enredaderas, cardos, escombros, montículos de tierra, el portón herrumbroso inmovilizado por el pastizal y el óxido... Era tal el deterioro, que se sumaron otros cuatro peones, mientras el Blanquito le copiaba el paso como queriendo poner manos a la obra. El Cementerio debería tener alrededor de seis hectáreas, de las cuales más del cincuenta por ciento estaban tapadas por malezas. La humedad y la inactividad habían favorecido el anonimato de las tumbas que parecían querer respirar a través de las cúpulas de sus monumentos, peleando entre hiedras y polvo. Como arqueólogos amateurs, empezaron a reconstruir parte de la historia de St. Moritz, los hallazgos fueron grandes sorpresas para todos ellos. Detrás de la salvaje naturaleza, la artísticidad del hombre había dejado un legado de belleza arquitectónica inimaginable... Según les relatara Ovide, el cementerio había sido construido hacia 1786 a pedido de Los Hermanos de La Caridad coincidiendo con el año de clausura del Cementerio de los inocentes en París frente a los riesgos sanitarios. El predio se dividía en cuatro secciones respondiendo a la dirección de los signos cardinales y una veintena de senderos adoquinados presagiaban la soledad de las

tumbas. El silencio dio pie a la contemplación y Milos comprendió la fragilidad del hombre en ese destino de piedra. De pronto una atmósfera cautivante empezó a asomar... Varias esculturas parecían heredar la maestría de Miguel Ángel, el cemento se escondía detrás del movimiento de los paños, el cemento era piel tersa en rostros acongojados, el cemento era vida donde nada de eso quedaba... Algunas de esas esculturas, custodias de seres amados, irradiaban una hermosura sublime: una mujer descansa plácidamente en el pórtico del mausoleo Desloges, entregada a un aletargado reposo; un ángel sostiene la mano agónica de un joven efebo, reminiscencias mitológicas y renacentistas en el deseo de perfección; sobre la tumba de Michael Condillac, un niño llora su ausencia abrazando el mármol como si se tratase del seno materno, sus lágrimas duelen pero al mismo tiempo dicen "*aquí estoy*"; la mirada de la Gioconda ronda en semblantes enigmáticos que persiguen al visitante hasta verlo desaparecer... Los sepulcros más humildes sólo tienen una cruz y algunas inscripciones reemplazan a los monumentos. Milos agradeció estar allí y entendió mucho más a Katherina.

Con las piedras que entorpecían el paso hicieron bordes en canteros y otras tantas las pisonearon en el camino que se abre en la entrada, al que agregaron dos hileras de pinos. Con la tierra sobrante cubrieron el desnivel del sector oeste que se inundaba, y taparon algunas fosas que habían sido saqueadas o estaban vacías. De París le enviaron la reposición de catorce lápidas que apenas se mantenían erguidas, semillas de pasto inglés y flores, pintura blanca para los muros y los bancos. Incluso encontraron, detrás de un roble caído, una fuente de yeso con tres ángeles y la ubicaron justo en medio del predio para regocijo de todos.

Cuatro meses de trabajo intenso y el lugar era otro, Milos examinó la obra terminada y se le estrujó el corazón. Respiró los latidos apagados de los difuntos y bendijo la enseñanza que la vida le regalaba...

El cambio convocó a los pueblerinos como si se tratase de un hecho turístico, muchos de ellos aprovecharon para "pasear" entre la arboleda o descansar en los bancos, otros concurrían con luto estricto en la vestimenta y expresión ceremonial, gente humilde de piel rajada por el sol se hacía presente entre las tumbas buscando familiares perdidos, y hasta unos colegas parisinos de Milos se habían presentado, incrédulos, ante los comentarios de su hermano... Con el transcurso de los días, las visitas continuaron y por fin Katherina llegó. Tal fue su sorpresa que presintió el pánico de no encontrar la tumba de su padre, o peor, la falsa ilusión de que él jamás había estado allí... Un momento fugaz de desorientación y luego la búsqueda. Sólo después de estar frente al féretro de Olivier se dio el permiso de disfrutar la transformación del Cementerio, el nuevo paisaje se parecía demasiado a sus fantasías. La emoción la embargó cuando de un vistazo general, encontró más flores que maleza, más monumentos

que escombros, más personas...

Esa tarde hablaron por primera vez y Milos supo que el esfuerzo no había sido en vano.